

RECENSIONES

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA y ALINARI: *Arqueología española*, edición de Margarita Díaz-Andreu. Urgoiti Editores, SL. Pamplona, 2004, CX-CIX + 319 pp., 210 figs. y XXXII láms. ISBN: 84-933398-5-7.

La editorial Urgoiti, con su colección *Historiadores*, está acometiendo una empresa de gran utilidad para aquellos que estamos interesados en la historiografía como es la reedición de obras que en su día representaron un hito en el progreso de la Historia. Obras bien publicadas, con un exquisito cuidado en la reproducción de las fotografías, con un estudio inicial realizado por investigadores de reconocido prestigio.

De especial interés para nosotros son aquellas obras y autores que habiendo dejado en su momento una profunda huella en el ámbito de la Arqueología, sin embargo hoy en día apenas son recordados. Este es el caso de José Ramón Mélida y Alinari, arqueólogo que tras pasar desapercibido durante un tiempo, hoy se está recuperando en la memoria de la Arqueología, y que últimamente ha merecido la atención de dedicar a su persona y labor arqueológica una tesis doctoral de Daniel Casado.

La obra *Arqueología española*, cuando se publicó por primera vez (Barcelona, 1929), resultaba especialmente necesaria, pues no existía en aquellos momentos en España ningún manual medianamente actualizado, especialmente en lo referente a la Arqueología clásica, ya que en relación con la Prehistoria hacía pocos años que había aparecido *El hombre fósil* de Obermaier (1916 y 1925). *Arqueología española* tendría una segunda edición en 1936 con reimpresión en 1942. El contenido en todas ellas era idéntico, conservándose incluso la paginación. En la presente edición no se ha respetado, pero algunas de las fotografías se ven mejor que en la versión original, si bien faltan las cuatro láminas en color que contenían las versiones anteriores.

La obra está dividida en cuatro partes: “Antigüedades prehistóricas”, “Antigüedades protohistóricas”, “Antigüedades romanas” y “Antigüedades romano-cristianas”. A lo largo de su contenido se dejan traslucir, lógicamente, los planteamientos teóricos de Mélida, donde los tiempos prehistóricos (pp. 1-78) se exponen de un forma fundamentalmente descriptiva, lo que no sucede en las partes segunda, tercera y cuarta. Esto es una muestra más de su proximidad al paradigma filológico y, muy especialmente, a la Historia del Arte. En este sentido entronca con una tradición de prestigio en España, cuyo valedor de mayor reputación fue Hübner quien, si bien contemplaba a la Prehistoria como parte

de la Arqueología (por ejemplo en *La Arqueología de España*, Barcelona, 1888), le daba mucho menor peso que a la Arqueología clásica. Esta concepción de la Arqueología por parte de Mélida es manifiesta desde sus inicios como investigador, según se puede observar, por ejemplo, en la serie de artículos que publicó en la revista barcelonesa *La Ilustración Artística* en 1891. Sin embargo, hay otro aspecto de Mélida que quiero destacar. Mélida continúa con la tradición de la mayoría de los prehistoriadores españoles del siglo XIX en defender el uso del cobre, como transición a la Edad del Bronce (p. 44). Esto, que hoy es asumido sin mayores problemas, no lo era tanto en el momento de publicarse la obra, de tal manera que el propio Siret, a quien se refiere varias veces y cita en la bibliografía, sostenía la existencia de una Edad del Cobre contemporánea a la Edad del Bronce.

Y si en lo que respecta a los tiempos prehistóricos son pocas las aportaciones que ofrece, no sucede lo mismo con todo lo que hace referencia a los tiempos protohistóricos (pp. 79-181) y a la Antigüedad (pp. 183-274). Mélida es el primer sintetizador español de los estudios sobre el mundo ibérico, lo que motivó que en aquellos momentos fuera el investigador español que con mayor soltura se desenvolvía al tratar de una cultura de la que entonces se desconocía casi todo, pero que ya había dado grandes descubrimientos como la Dama de Elche, el Cerro de los Santos, el Santuario de Despeñaperros, Osuna, etc. De esta manera, cuando en el primer tercio del siglo XX, Mélida, tras un exhaustivo trabajo para la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* se dispone a escribir esta síntesis, la hace sabiendo bien de qué habla. Sin embargo, comete un error en la primera edición que se transmitirá a todas las posteriores. Así, afirma que la Dama de Elche se descubrió el 4 de junio de 1897 (p. 128), cuando en realidad la historiografía defiende que fue el 4 de agosto de ese año. Este error pasaría a primera vista desapercibido, si no fuera porque Mélida hizo varias publicaciones sobre la Dama de Elche nada más descubrirse ésta. Todo ello resulta especialmente extraño, especialmente tras las acusaciones de falsedad de la escultura o de las circunstancias del descubrimiento de la misma que se han dado a lo largo de más de un siglo.

El tercer capítulo es el dedicado a las “Antigüedades romanas” en el que, dividido en 23 apartados, el autor expone un buen número de obras realizadas en época romana en España. Como sucediera en el capítulo anterior se nota la seguridad del autor al tratar este tema, no en balde fue en su momento el más importante investigador de Mérida y Numancia, dos de los yacimientos insignias de la Arqueología española, ade-

más de estudioso de un sinnúmero de yacimientos de época romana en España.

El cuarto capítulo, el dedicado a las antigüedades tardorromanas (pp. 275-287) es, con diferencia, el más corto de todos al no querer incluir a los visigodos en la obra. Tan sólo figuran él las construcciones y objetos cristianos de época romana, especialmente basílicas y sarcófagos. Mérida considera a los visigodos ajenos a la Antigüedad, lo que refleja el escaso conocimiento que aún existía sobre el mundo visigodo y bizantino. Así, plantea que con ellos se produce una ruptura de tal magnitud (“una gran convulsión histórica”) que con su llegada “La Antigüedad ha terminado” (p. 287).

Y si la obra de Mérida es muy interesante, no lo es menos el estudio que hace Margarita Díaz-Andreu del autor y de su obra. Este trabajo, muy extenso, resulta muy exhaustivo y de gran interés. Para ello, Díaz-Andreu ha investigado en profundidad la figura de Mérida y todo lo que con él se relaciona, no dudando en solicitar la colaboración de numerosos arqueólogos e instituciones, fundamentalmente archivos, que han aportado una buena cantidad de datos que Díaz-Andreu ha sabido relacionar sabiamente.

Contextualiza en su tiempo la figura de Mérida desde diferentes ámbitos: el familiar, el académico y como arqueólogo, para relacionarlo todo ello con la evolución de la Arqueología de esa época. Hace, además, un estudio bibliométrico de la obra, pero donde más aportaciones realiza es en el campo de la Sociología de la Arqueología española, con el fin de explicar por qué se difuminó la memoria de un arqueólogo que fue el más importante de su tiempo. El enfoque de Díaz-Andreu es tanto internalista como externalista, si bien, con buen criterio en un estudio de estas características, se inclina prioritariamente por esta última opción. A nuestro entender, arriesga Díaz-Andreu en alguna de sus afirmaciones, que dan una primera impresión de que no dejan de ser especulaciones muy interesantes aún por demostrar, pero se debe valorar que dichas afirmaciones abren varias líneas de trabajo, algunas metodológicamente muy modernas, a tener en cuenta.

Se incluye una amplísima relación bibliográfica de Mérida que la propia autora reconoce como incompleta dada la gran cantidad de artículos escritos por él, y, efectivamente, la prolífica pluma del arqueólogo fue tal, que resulta difícil seguirle en todos y cada uno de ellos. Baste como una aportación que realice desde aquí el artículo “La ornamentación en las artes de la Antigüedad prehistórica egipcia y oriental. I. Rudimentos del Arte. II. Arte Egipcio. III. Las Artes Orientales”, publicado en el nº 471 (pp. 4-6) de la revista barcelonesa *La Ilustración Artística* de 5 de enero de 1891, que es el primero de una serie publicada en dicha revista y falta en la relación.

Por último, cabe añadir que la obra está dotada de tres índices –onomástico, de instituciones, exposiciones y congresos y de revistas– que complementan al índice general. Dichos índices son muy útiles para su consulta intensiva desde las más diversas ópticas.

Para finalizar, tan sólo me resta animar a la lectura

de la obra, que fue un hito en la Arqueología española del primer tercio del siglo XX, y que resulta imprescindible para mejorar el conocimiento acerca del estado de la disciplina en dicho período. Además, el estudio realizado por Margarita Díaz-Andreu, por la profundidad de su análisis y las propuestas metodológicas que abre, no debería ser indiferente a nadie que se interese por la Historia de la Arqueología.

Mariano Ayarzagüena Sanz

Sociedad Española de Historia de la Arqueología

IES Juan Carlos I

San Francisco s/n

28350 Ciempozuelos (Madrid)

Correo electrónico: seha@arrakis.es

V.M. FERNÁNDEZ MARTÍNEZ: *Una arqueología crítica. Ciencia, ética y política en la construcción del pasado*. Crítica, Barcelona, 2006, 270 pp. ISBN 84-8432-711-6.

¿Qué es una arqueología crítica? El arqueólogo español Víctor Fernández se ha dado a la tarea de responder a esa pregunta en un libro que no podría llamarse sino *Una arqueología crítica* (publicado, vaya sorpresa, por Editorial Crítica). Puesto que el mundo de la crítica en arqueología es vasto y variado sería más prudente (y realista) pluralizar el término y hablar de *arqueologías críticas*; ¿por qué, entonces, el libro se refiere a *una* y no a *varias*? Aunque Fernández hace un repaso de varias tendencias críticas (agrupadas en dos capítulos, uno dedicado al marxismo y otro al feminismo) el cuerpo del libro privilegia una de ellas, que considera surgida del postestructuralismo francés y que niega “la existencia de un absoluto, un centro inmutable, una meta-narrativa que sirva de referente epistemológico” (p. 17). Esa posición lo sitúa en el terreno de la representación y del relativismo. Aunque al orden de la representación dedica varias páginas (distribuidas a lo largo del libro) sorprende que no se detenga en el relativismo y lo dé de baja sumariamente. La ausencia de una discusión sobre el relativismo es injustificable por el simple hecho de que es fundamental. Aunque el asunto es un tremedal filosófico que muchos prefieren ignorar el tema de este libro demandaba su tratamiento. Cualquier posición que se aleje de la comodidad de la univocalidad científica (marxista o burguesa) debe abordar este tema tan espinoso. Quizás Fernández haya creído que su abordaje parcial (y argumentalmente limitado) del multiculturalismo en el sexto capítulo del libro saldaba la cuestión pero no es así porque uno y otro son frutas de distintos árboles.

El programa crítico de Fernández es explícito: “la arqueología crítica debe conocer, primero, su historia de estrecha connivencia con el poder... debe desconstruir, asimismo, los relatos arqueológicos de supremacía todavía vigentes... También efectuar la crítica correspon-

diente del legado que nos ha dejado el origen esencialmente 'moderno' de la disciplina.. Una arqueología crítica debe mostrar un pasado diferente y más realista... Tiene que mostrar la diversidad cultural de los milenios que nos precedieron, luchar contra la uniformidad" (p. 19); y "contribuir con su esfuerzo a la lucha contrahegemónica, llamada a impedir el triunfo definitivo de lo que se ha llamado 'pensamiento único' " (p. 214). En suma, la visión de Fernández de la arqueología crítica es *historizante* y *militante*. La historización permite enfrentar conceptos y prácticas enquistadas en la disciplina, atacar la reificación de sus abstracciones, contribuir a un proceso de descolonización que empiece por el cuestionamiento de su aparato metafísico. Las arqueologías críticas, por diversas que sean, comparten la historización del discurso histórico que disciplina la arqueología. La perspectiva de Fernández no es una excepción y plantea que la praxis colonial se puede enfrentar sometiendo la arqueología a un examen juicioso y detenido; su pretensión es ayudar a crear una conciencia crítica de la práctica disciplinaria, construir la convicción de que los arqueólogos no somos intermediarios neutros en el proceso de conocer el pasado sino que nuestros trabajos son producciones sociales mediadas por un sinnúmero de contingencias históricas.

La *militancia* reivindica la unión entre saber y poder, entre conocimiento y política. Si pensamos que su separación ocurrió a fines del siglo XIX como recurso del orden burgués ante las insurrecciones obreras su re-unión es una suerte de regreso a los orígenes modernos, cuando el saber fue considerado el actor protagónico en la emancipación de los sujetos recién liberados del yugo feudal. El retorno a la militancia del saber, en este caso a la militancia de la arqueología, es un paso necesario en los procesos de descolonización a los cuales este libro contribuye. Además, la génesis marxista de la arqueología crítica de Fernández lo lleva a hacer suyo el *dictum* de Marx sobre la necesidad de conocer la realidad para transformarla. ¿Qué quiere cambiar? La agenda es clara: "la tarea primera de una arqueología crítica es la denuncia de los elementos de la ideología dominante que actúan implícitamente dentro de sus discursos, para luego empezar la construcción de discursos alternativos contrahegemónicos. En la construcción de una alternativa hegemónica democrática la arqueología, como la historia y otras ciencias humanas y sociales, ha de cumplir un papel importante" (p. 86). Muy bien; Fernández ha firmado su declaración de principios. Pero, ¿cómo contribuirá la arqueología a la *construcción de una alternativa hegemónica democrática*? Aunque el manifiesto es decididamente amplio – "una arqueología auténticamente postcolonial... se debe inscribir en el ámbito de la intervención y la cooperación cultural, ayudando a los pueblos subalternos a construir una historia emancipadora con su propio pasado" (p. 187) y "tratar de compaginar la conciencia inevitable de la multivocalidad del pasado con la oposición a las estructuras de poder y dominación con él entreveradas" (p. 207)– en el libro el asunto parece estar circunscrito, en buena medida, a la órbita de la representación,

a la ampliación del espectro discursivo de manera que otros actores (y sus puntos de vista) sean representados y se representen a sí mismos. Este es un prejuicio obvio de la perspectiva crítica adoptada, el postestructuralismo, una predilección de la academia nortatlántica de la que este libro forma parte, aunque pretende escapar de ella. También es una limitante de la propuesta porque el asunto no es solamente discursivo (perdón por la obviedad). La visión crítica del libro es unidireccional: muestra varios caminos para que la arqueología académica se puede volver un instrumento anti-post-colonial (poniéndose del lado de los oprimidos) pero no documenta cómo varios grupos de interés, distintos a la academia y sin su mediación necesaria (o con su mediación negociada), acuden a ella como insumo importante de sus proyectos sociales y como instrumento de emancipación. Las únicas referencias al respecto se hacen el pasar cuando Fernández menciona la "historia desde abajo" realizada en África (p. 181) y la "arqueología nativa" (p. 193) que se abre camino en varios países, sólo para señalar que "todavía falta por crear una 'arqueología subalterna' ". Pero esa arqueología (subalterna, indígena, local) ya existe en varios continentes y sirve como génesis de sentido colectivo (la historia es el lugar de los ancestros, que signan la utopía) y como memoria de eventos negativos que se quiere trastornar, es decir, como memoria de los desastres del colonialismo. En esas arqueologías la historia es un elemento básico para la acción (que es, ni qué decirlo, arrastrada por el pensamiento utópico). Con todo lo importante y pertinente que es este libro le falta la "mirada desde abajo".

El libro de Víctor Fernández es un texto imprescindible para la academia hispanohablante, un punto de entrada a las tendencias críticas que se han construido en la arqueología en las últimas décadas. Su valor no radica en que haya sido escrito en español (aunque esa es una de sus virtudes innegables) sino en que es una presentación inteligente y documentada de las arqueologías críticas (privilegiando una de ellas). Pero el asunto del idioma no para allí. Tratándose de un libro escrito, sobre todo, para un público hispanohablante y con el propósito explícito de contribuir a la eliminación de las relaciones de subordinación resulta incomprensible que Fernández condescienda con el colonialismo académico (uno de los actores que no recibió tarjeta de invitación al banquete intelectual del libro) y que use, de manera prominente, literatura proveniente de los países del Atlántico Norte a expensas de la producida, cada vez en mayor número y cada vez con mayores niveles de visibilidad, en otros países. Salvo la arqueología marxista latinoamericana (que Fernández ha leído, sobre todo, a través de sus lectores norteamericanos pero no de fuentes de primera mano, generosas en cantidad y calidad) el libro no registra las discusiones (disciplinarias y conscientemente políticas) que se realizan en el sur geopolítico. Sólo mencionaré dos casos: las tres reuniones de teoría arqueológica realizadas en América del Sur han producido un rico cuerpo de publicaciones en las que brillan las perspectivas críticas; y en África las discusiones sobre los múltiples significados del

patrimonio arqueológico y sobre su papel en la educación y la emancipación han sido publicadas en libros y revistas cuya circulación bien puede no ser metropolitana pero no es invisible (sobre todo para un arqueólogo español que trabaja en ese continente). La mirada crítica en arqueología (que requiere entrenamiento, quien lo duda, para salir de la dirección cautiva) no puede justificar sus limitaciones acudiendo a la estrechez del colonialismo académico; debe buscar, indagar, desentrañar, tejer relaciones, acudir al lugar donde los antiguos esclavos se levantan.

Para hacer honor al tema del libro está reseña es crítica y no complaciente. En vez de limitarme a señalar que *Una arqueología crítica* es un libro importante y necesario (no dudo que lo sea) he mostrado que podría ser aún más relevante (este, me parece, también es el destino de una lectura moralista de otras perspectivas críticas hechas desde la academia metropolitana). Al fin y al cabo el tiempo de la crisis sólo puede ser complaciente a riesgo de perder relevancia y contundencia. A las arqueologías críticas bien podemos pedir argumentos radicales y acompañamientos que conduzcan a descolonizar la sociedad, no solamente nuestro ejercicio disciplinario.

Cristóbal Gnecco

Dpto. de Antropología
Facultad de Ciencias Humanas y Sociales
Universidad del Cauca
Carmen 4, n.º 3
56 Popaya. Cauca, Colombia
Correo electrónico: cgnecco@unicauca.edu.co

XOSÉ PEDRO RODRÍGUEZ: *Technical Systems of Lithic Production in the Lower and Middle Pleistocene of the Iberian Peninsula. Technological variability between north-eastern sites and Sierra de Atapuerca sites*. BAR International Series 1323. Oxford, 2004, 184 pp., ISBN: 1-84171-392-9.

Este libro está dedicado al estudio de varios yacimientos del Pleistoceno inferior y medio en Cataluña y Castilla-León. El análisis está enfocado a la industria lítica, por lo que el primer apartado del Capítulo 1 se centra en las distintas aproximaciones teórico-metodológicas, desde la propuesta normativa de Bordes a la de la cadena operativa de Leroi-Gourhan, pasando por las tesis analíticas de Laplace y las aspiraciones sintéticas del Sistema Lógico Analítico (SLA). El siguiente apartado comenta la ficha de trabajo usada en el análisis, describiendo la nomenclatura del SLA. Esta descripción resulta útil, dado que proporciona las claves para comprender las complejas denominaciones utilizadas en el resto de los capítulos, y además lo hace en inglés y en una publicación internacional, facilitando la lectura para autores no es-

pañoles poco familiarizados con la sintaxis del SLA.

El siguiente capítulo está dedicado a los conjuntos líticos de los yacimientos catalanes. Se agradece la sistemática que ha seguido el autor, presentando epígrafes similares y ordenados con la misma secuencia a lo largo de toda la descripción, lo que permite un rápido acceso a cualquiera de los datos específicos relacionados con la posición geográfica, estratigrafía, categorías tecnológicas, etc. Tras una presentación general de los conjuntos, Rodríguez describe Puig d'en Roca, yacimiento sobre una terraza del Ter en Girona en el que se recuperaron más de 3000 objetos líticos. Después el autor analiza la industria de Can Garriga, también en Girona y en un contexto travertino en el que se documentaron algo más de 400 piezas. El tercer yacimiento estudiado es Cau del Duc de Torroella de Montgrí (Girona), una cueva cuyos materiales el autor señala que se encuentran en posición secundaria. Nerets, un conjunto al aire libre en Lleida, cuenta con alrededor de 1000 piezas líticas que son analizadas en el quinto apartado, tras el cual Rodríguez estudia la reducida colección lítica en superficie de Clot del Ballester, también en Lleida. El último conjunto catalán es Vinyets (Tarragona), donde poco más de 300 piezas en posición estratigráfica fueron documentadas en el río Gaiá.

El capítulo 3 está dedicado a la sierra de Atapuerca, en Burgos. Rodríguez hace en los primeros apartados una útil síntesis de las investigaciones realizadas en Atapuerca, describiendo el contexto geológico, la historia de las excavaciones y el registro arqueológico. Después se centra en los conjuntos líticos, estudiando primero el yacimiento de Galería. Señala Rodríguez que los niveles arqueológicos de Galería abarcan un rango cronológico entre 450.000 y 250.000 BP, intervalo para el que sólo tenemos alrededor de 1400 piezas líticas, dispersas a lo largo de ocupaciones en las que la mayor densidad de artefactos (nivel TN2) no supera los 248 objetos. Por último, el autor describe las colecciones líticas de Dolina, donde ha analizado los materiales de los niveles más importantes (TD4, TD5, TD6, TD7, TD10 y TD10a).

Comparaciones entre los distintos conjuntos líticos estudiados a lo largo de la monografía son presentadas en el capítulo 4. Aquí, el autor discute aspectos diversos como la variabilidad en el uso de las materias primas, los sistemas de explotación, etc. Finalmente, en el último capítulo Rodríguez contextualiza los materiales analizados en el marco del registro de Pleistoceno inferior y medio europeo. De este modo, comienza presentando la problemática del primer poblamiento de Europa y la contribución de Atapuerca a dicha discusión, para después hacer una descripción de los conjuntos más relevantes del Pleistoceno medio peninsular, apartado con el que concluye la monografía.

Como valoración general, no cabe sino reconocer la relevancia que tiene esta publicación, en la que se sintetiza una secuencia poco conocida en el resto de España, la del Pleistoceno medio catalán, en la que se estudian los yacimientos de Atapuerca, y en la que además dicha presentación se realiza en inglés, con el objetivo así de llegar a un público mucho más nume-

roso que el que se alcanzaría en castellano o catalán. Por todo ello es necesario repetir que se trata de un trabajo importante y que será de referencia obligada para los interesados en el Pleistoceno inferior y medio peninsular. Ahora bien, el contenido de la monografía da lugar también a varios comentarios.

La monografía comienza a analizar conjuntos líticos prácticamente sin una descripción de la problemática en la que se insertan, y sin incluir la secuencia arqueológica en un contexto de investigación en el que se tratan de resolver unas cuestiones específicas. Se echa en falta en el último capítulo una reflexión en torno a la contribución de los resultados obtenidos en la secuencia peninsular, secuencia que debería haberse diseccionado ya en las partes introductorias de la monografía. Del mismo modo, para el registro catalán habría sido importante presentar algún apartado en el que se discutieran los contextos estratigráficos y geomorfológicos generales de todos los yacimientos (y no de cada uno de ellos en particular), dado que para los no expertos en esta secuencia resulta difícil adquirir una visión global a partir de las descripciones casi en formato de informe disponibles en el apartado de cada yacimiento.

Para los no iniciados resulta también complicado seguir las descripciones del SLA. Ciertamente el capítulo de metodología explica bien la nomenclatura utilizada. Resulta interesante observar que Rodríguez reconoce las similitudes entre el SLA y otros sistemas de análisis lítico como el de Glynn Isaac, también basado en la dicotomía entre soportes desprendidos y soportes de los que se desprenden. Sin embargo, y aún reconociendo las virtudes del SLA, como no usuario del mismo a veces me resulta complicado seguir las descripciones tecnológicas basadas en este sistema. Aunque de primeras no parece tan complicado, cuando el lector trata de comprender muchas de las tablas de esta monografía termina bastante perdido. Finalmente uno acaba agotado tratando de descifrar qué es una *2GNB of configuration of quartzite, with lateral-transver dihedral cutting edges* (p. 104), principalmente porque el propio Rodríguez dice inmediatamente después que se refiere a un hendedor. Aunque en España el SLA está ampliamente divulgado, a mi juicio los seguidores de este sistema deberían simplificar la terminología cuando escriben para un público internacional.

Es de alabar que el autor quiera trascender la mera descripción técnica de los materiales líticos para ofrecer interpretaciones más generales acerca de los patrones de asentamiento. Para la mayoría de los materiales que Rodríguez estudia en Atapuerca, que se encuentran en contexto estratigráfico, en posición primaria y asociados a otros restos arqueológicos, las variables usadas para calibrar la intensidad de la ocupación (densidad de piezas por m², tamaños de los artefactos, etc) son válidas. Sin embargo, resulta muy arriesgado hablar de ocupaciones de larga duración en conjuntos como Puig d'en Roca o Nerets, o de ocupaciones episódicas en Vinyets, todos ellos yacimientos donde el material arqueológico se encuentra en posición secundaria, y seguramente proceda de distintas

ocupaciones redepositadas. En estos puntos se vuelve a echar de menos una mayor discusión de los contextos estratigráficos de los yacimientos; para un lector no iniciado que no conociera la alta resolución estratigráfica de Aridos, podría parecer que éste es similar a yacimientos con mucha menor integridad como Vinyets, que Rodríguez compara e incluye en una misma dinámica de ocupación episódica que Aridos.

Con respecto al contexto arqueológico peninsular y europeo que describe el autor, y dejando de lado la falta de referencias a yacimientos relevantes del noreste como Cuesta de la Bajada, cabe destacar las hipótesis sobre la primera ocupación de Europa. Rodríguez sigue manteniendo el planteamiento desarrollado por Carbonell *et al.* (1999), acerca de la existencia de dos olas migratorias a Europa, una protagonizada por homínidos con una tecnología olduvayense, y otra posterior en la que nuevos humanos procedentes de África traerían a Europa la tecnología achelense. A parte del fuerte componente histórico-cultural y normativo de esta propuesta, bastante discutible a nivel teórico, dicha hipótesis ha sido también cuestionada en su vertiente arqueológica empírica (por ejemplo Villa 2001). Ciertamente, la ausencia de bifaces tanto en los niveles inferiores de Atapuerca como en Orce resulta intrigante, pero podría deberse a la escasez de la muestra disponible; la colección publicada de TD6 no supera las 268 piezas, y en Barranco León y Fuente Nueva 3, con 310 y 389 artefactos respectivamente (Toro *et al.* 2003), tampoco existe una muestra abundante.

En cualquier caso, no es este el lugar para discutir otros yacimientos europeos, africanos o asiáticos, y sólo la continuación de los trabajos en Orce y en Atapuerca podrán ayudar a comprender las primeras ocupaciones de la Península Ibérica. La monografía de Rodríguez es un avance más en ese conocimiento, y eso ya la convierte en un trabajo a tener en cuenta en el estudio del Pleistoceno inferior y medio español.

CARBONELL, E.; MOSQUERA, M.; RODRÍGUEZ, X.P.; SALA, R. y VAN DER MADE, J. 1999: "Out of Africa: The Dispersal of the Earliest Technical Systems Reconsidered". *Journal of Anthropological Archaeology* 18: 119-136.

TORO, I.; AGUSTÍ, J. y MARTÍNEZ-NAVARRO, B. (coords.) 2003: *El Pleistoceno inferior de Barranco León y Fuente Nueva 3, Orce (Granada)*. Junta de Andalucía. Sevilla.

VILLA, P. 2001: "Early Italy and the colonization of Western Europe". *Quaternary International* 75: 113-130.

Ignacio de la Torre

Institute of Archaeology
University College London
31-34 Gordon Square. London WC1H-0PY
United Kingdom
Correo electrónico: i.torre@ucl.ac.uk

MARÍA CRUZ BERROCAL: *Paisaje y Arte Rupestre. Patrones de localización de la pintura levantina*. BAR Internacional Series 1409, Archaeopress, Oxford, 2005, 471 pp., 6 anexos, 13 figs., 32 mapas, 40 tablas, 164 gráficos. ISBN: 1 84171 8521.

El volumen 1409 de BAR-IS corresponde a la publicación de la tesis doctoral de María Cruz Berrocal, aprobada por la Universidad Complutense de Madrid en 2004, y resultado de un labor de varios años en el Departamento de Prehistoria del Instituto de Historia del CSIC en Madrid, bajo la dirección de Juan Vicent García. Como subraya este último, la tesis integra un conjunto de trabajos que se han desarrollado en el marco teórico de la arqueología del paisaje.

La publicación está muy bien estructurada, resultando de fácil utilización, y con anexos documentales particularmente útiles. Sin embargo, una mayor documentación iconográfica, aún en un estudio de arqueología del paisaje, sería útil, en particular a los lectores que conocen menos bien el importante acervo artístico estudiado. También el uso de colores en algunos diagramas y mapas, como se habían presentado en la versión manuscrita, facilitarían su lectura.

Paisaje y Arte Rupestre es, a la vez, un estudio de arte rupestre, de Prehistoria y de Antropología. Al escoger el tema de las dinámicas socio-económico-culturales en la transición neolítica, la autora se basa en un enfoque claramente arqueológico del arte rupestre, pero sin dejar de reconocer su dimensión artística, y buscando una lectura de los determinantes socio-culturales y de sus grandes tendencias, más que estrechas periodizaciones de tradición histórico-cultural. En esa línea propone la clara asociación del arte levantino al proceso de cambio hacia un modelo de economía agropastoril de la Península Ibérica, subrayando su carácter de *proceso*, es decir, de realidad dinámica que incorpora a grupos con estrategias particulares y no siempre coincidentes, pero que se articulan en una red capilar. Desde luego, tal enfoque permite a la autora contextualizar el arte a la vez que entenderlo como elemento constructor del paisaje a lo largo del tiempo. Es por eso que supera la conexión entre estilos (macroesquemático, etc.) y cronología, incorporando todos, de una forma bien argumentada aunque polémica, a un único sistema socio-ideológico. Las hipótesis propuestas se presentan de forma convincente, identificando claramente lo que son datos analíticos o interpretaciones.

La atención creciente a las temáticas del paisaje refleja, a nuestro juicio, una aproximación muy interesante a los enfoques más antropológicos que históricos de la arqueología en el hemisferio sur (donde se utilizan conceptos como el de "tradición", de clara influencia procesualista, para evitar el concepto más arcaico de "cultura"). Privilegiando el espacio sobre el tiempo, estos estudios se acercan a las preocupaciones de la contemporaneidad, que valoran el comportamiento humano frente a un paisaje entendido como entidad

social dinámica. Tal enfoque se puede aceptar en el sentido de que las sociedades prehistóricas tendrían un mejor control del espacio (*locus*), que del tiempo (discontinuo y mítico), por lo que el espacio sería entonces más relevante para su *praxis*. Asimismo, los contextos son generados históricamente, pero son percibidos espacialmente. La arqueología del paisaje toma el objeto espacial y lo construye como objeto concreto (histórico, síntesis de distintas series causales). En el caso del estudio de María Cruz Berrocal siempre seguimos en el marco historiográfico europeo, incorporando de forma dialéctica esa otra dimensión, lo que resulta muy innovador.

El libro está estructurado en cuatro partes, de las que la cuarta es una serie de apartados documentales.

La primera parte, titulada "Bases", hace una revisión de conceptos y perspectivas de investigación: paisaje, arte, registro arqueológico y sus interacciones. La autora sitúa el arte rupestre en el encuentro entre Geografía, Arqueología y Antropología, y propone la lectura del arte como "portador de sentido", un sentido de dinámica social, claramente. Esta búsqueda de sentido, y no de significado, es crucial para superar las limitaciones de la dicotomía semiótica/semántica, y es la que mejor abre el terreno a la Antropología. La crítica de los modelos teóricos continuistas y difusionistas está muy bien elaborada, aunque oponer el indigenismo al difusionismo resulta en aceptar, creemos, la visión de un Mediterráneo como colección de territorios distintos, y no como un territorio de milenarias redes de intercambio.

La segunda parte, "Lugares comunes", revisa de forma global los conocimientos sobre el arte neolítico levantino, sus diferentes "estilos" tradicionalmente considerados y sus contextos histórico-arqueológicos. La autora subraya un sentido de unidad tras todas estas manifestaciones, llegando a concluir una continuidad entre las "formas de vida" de los cazadores-recolectores "complejos" y los primeros productores, siguiendo la hipótesis capilar de Juan M. Vicent García (1997), un modelo que, también en Portugal, creemos poder reconocer en las cuencas del Tajo y Guadiana (Oosterbeek 2001).

La tercera parte, "Experimentos", presenta el marco teórico de base, y sigue con un detallado estudio sistemático de distintas variables analíticas, aplicado al *corpus* de sitios estudiados, contrastando las ubicaciones en el paisaje de las distintas manifestaciones artísticas. Eso lleva a la autora a proponer una funcionalidad complementaria de esos estilos en el marco de una sola formación social, interpretando el arte como institucionalización de una ruptura de la sociedad indivisa precedente. Como conclusión, propone tres aspectos centrales: el entender las pinturas neolíticas (en el sentido de larga transición antes mencionado) como estructura paisajística, obedeciendo a patrones de elección claros y predeterminados por los grupos humanos; la mencionada complementariedad de estilos, adaptados a geomorfologías diversas, con el conjunto funcionando como "metáfora de procesos sociales"; y una funcionalidad económica, articulada con la defi-

nición del modelo ganadero de explotación del medio mediterráneo, fundamentado en un “uso estacional del territorio”, en el seno del cual la explotación de las áreas de montaña ocupa destacado lugar.

Es claro que se trata de una tesis polémica a distintos niveles, desde luego en los conceptos teóricos. Así, al discutir los conceptos tomados del marxismo, se podría cuestionar el uso de un concepto como “ideología”, que en el marxismo supone una dimensión de “falsa conciencia” resultante de la alienación, proceso que no queda claro que ya esté finalizado en el Neolítico transicional presentado por la autora. También se podría profundizar en la relevancia del concepto de paisaje, que es psico-cultural (es espacio percibido y antropizado, estructurado por lugares) para la arqueología marxista. La afirmación de que no hay norma para la secuencia de lectura icónica puede ser una generalización que, en algunos casos, se podría contestar con estudios de ciertos conjuntos.

También aspectos directamente relacionados con la tesis ofrecen motivos de debate. Sería útil incluir una revisión de las fechas absolutas de los contextos arqueológicos mencionados, aun siendo limitadas a algunas áreas y poco articuladas con el arte. A pesar de la valoración teórica de la Arqueología, la parte tres se queda siempre del lado de la arqueología antropológica, como expresan el elenco de variables analíticas. La valoración de la continuidad tras el Paleolítico superior final y el Epipaleolítico, y entre “cazadores-recolectores complejos” y productores, podría ser profundizada. Pero todas estas cuestiones serían bases para otras tesis, y el hecho de mencionarlás resulta solamente de que la lectura de la tesis de María Cruz Berrocal, además de aportar un nuevo enfoque teórico y arqueológico al arte neolítico peninsular, suscita la reflexión sobre amplios temas de la Prehistoria, lo que es un motivo más para aconsejar su lectura atenta.

OOSTERBEEK, L. 2001: “Stones, carvings, foragers and farmers in the Southwest of Europe. A view from the inland”. *Prehistoria 2000. Revue de l'Union Internationale des Sciences Préhistoriques et Protohistoriques. Journal of the International Union of Prehistoric and Protohistoric Sciences*: 150-168.

VICENT GARCÍA, J.M. 1997: “The Island Filter Model Revisited”. En S. Balmuth, A. Gilman y L. Prados-Torreira (eds.): *Encounters and Transformations. The Archaeology of Iberia in Transition*. Sheffield Academic Press. England: 1-13.

Luiz Oosterbeek

Instituto Politécnico de Tomar
Av. Candido Madureira 13
2300 Tomar
Portugal
Correo electrónico: loost@ipt.pt

PREHISTORIA RECIENTE EN EL INTERIOR DE LA PENÍNSULA IBÉRICA: COLONOS Y ALCOHOL EN EL VALLE DE AMBRONA (SORIA)

LATE PREHISTORY IN THE INTERIOR OF IBERIAN PENINSULA: SETTLERS AND ALCOHOL IN THE AMBRONA VALLEY

MANUEL A. ROJO GUERRA, MICHAEL KUNST, RAFAEL GARRIDO PENA, IÑIGO GARCÍA MARTÍNEZ DE LAGRÁN y GUILLERMO MORÁN DAUCHEZ: *Un desafío a la eternidad: Tumbas monumentales del Valle de Ambrona*. Arqueología en Castilla y León 14, Junta de Castilla y León. Consejería de Cultura y Turismo. Valladolid, 2005, VI + 416 pp. ISBN 84-9718-319-3.

MANUEL A. ROJO GUERRA, RAFAEL GARRIDO PENA e IÑIGO GARCÍA MARTÍNEZ DE LAGRÁN: *El campaniforme en la Península Ibérica y su contexto europeo: Bell beakers in the Iberian Peninsula and their european context*. Serie Arte y arqueología 21, Universidad de Valladolid. Valladolid, 2005, VI, 602 pp. ISBN 84-8448-333-9.

Resulta una curiosa coyuntura que tras tantos años de desierto interior, dos grandes áreas con evidencias de población continuada se erijan en esta “pobre” zona como la base de futuras e interesantes discusiones acerca de continuidades poblacionales, supuestas colonizaciones de grupos productores levantinos, bebedores campaniformes y todos aquellos elementos que han configurado las hipótesis más comunes para la interpretación de los inicios de la agricultura y la metalurgia en las áreas marginales de la Península Ibérica.

De todos estos temas de plena actualidad tratan los dos libros que ahora nos ocupan, resultado directo de la investigación en el valle de Ambrona y de las líneas de trabajo que el proyecto en el valle ha abierto.

Coincidimos en el tiempo, que no en los presupuestos económicos, dos grupos de investigación que llevábamos mucho tiempo trabajando en la Meseta. Coincidimos, además, en la especialización en el análisis de los megalitos interiores que ya venía planteando una estrecha relación con el poblamiento neolítico de las cuencas medias del Duero y del Tajo.

Eso sí, nos separan las hipótesis de partida. Y es que nuestra postura ante las colonizaciones perpetuas de la costa al interior (primeros agricultores, primeros constructores de megalitos, primeros metalúrgicos) ha sido bastante escéptica, sobre todo a partir de la consideración del escaso o nulo conocimiento de yacimientos cuya existencia se había dado por descartada. En Ambrona las primeras fechas publicadas en el yacimiento de La Lámpara, se asociaban a un ritual ela-

borado que requirió de cierto consenso social y a un poblado al aire libre con estructuras domésticas y de almacenamiento que evidenciaban un sistema agropastoril relativamente consolidado. Cronologías y organización social en un ámbito poco clásico del Neolítico peninsular, pero con una investigación muy desarrollada en los últimos años, que proponía reflexiones necesarias para un panorama supuestamente consolidado sobre la colonización masiva de todos los territorios peninsulares a partir de la hipótesis dual, cuyo epicentro se situaría en Cova de l'Or.

Para entender mejor esta cuestión conviene hacer memoria sobre el propio valle de Ambrona y su conocimiento en paralelo a nuestros trabajos. Así, a finales de los 90 comenzaron a publicarse los primeros datos procedentes de las excavaciones de Soria recogidos en su web, al igual que los de los yacimientos toledanos de Huecas agrupados en nuestro trabajo del 2005 (Bueno *et al.* 2005).

Los valles de Huecas y Ambrona aparecían como dos enclaves de notorias potencialidades: suelos arcillosos, buena irrigación y proximidad a entornos lacustres que permitieron pastos todo el año, fuentes de sal, sílex en el caso de Huecas y, muy probablemente, metal. A todas estas circunstancias favorables compartidas, se añade la presencia de enterramientos campaniformes insertos en un decurso poblacional continuado, con el interés de las posibilidades de observación del ritual empleado y de las ofrendas de bebida y comida que le acompañaron.

Por eso parece procedente comentar a la par que el libro de las tumbas excavadas en Ambrona, el de la reunión sobre el campaniforme organizada junto a una exposición de varios ejemplares mesetños. El primero expone los datos de los yacimientos funerarios de la Peña de la Abuela, la Sima y la Tarayuela, a partir de una intensa labor de prospecciones y excavaciones, y el segundo recoge el fundamento teórico que los autores asumen sobre el campaniforme subrayando lo que de rupturista tendrá el ritual del que las vasijas decoradas son protagonistas.

La impresión en ambos casos es muy positiva: despliegue editorial, fotos a color, elaborada documentación. Sin lugar a dudas hay que felicitar a los autores y, especialmente al Director del equipo, porque no es fácil anar tantas aportaciones diferentes.

Comenzando por los resultados de Ambrona, el volumen de sugerente título dedicado a los monumentos funerarios recoge una prolija documentación de cada uno de los excavados y una relectura de sus aportaciones arqueológicas y ergológicas, acompañada de capítulos específicos con los estudios analíticos llevados a cabo, algunos inéditos en la Península Ibérica (pp. 289-298).

El amplio abanico de publicaciones que a lo largo de estos años han ido dándose a conocer sirve para, junto con los datos del volumen que ahora nos ocupa, esbozar las destacables aportaciones del equipo formado por la Universidad de Valladolid y el Instituto Arqueológico Alemán.

Gracias a las mencionadas publicaciones nos es

fácil asumir la relación espacial entre los yacimientos funerarios del valle de Ambrona que no se materializa hasta la p. 232 y, lo que nos resulta del mayor interés, comprender su gran proximidad con los yacimientos habitacionales del mismo entorno, más aún cuando la Peña de la Abuela se inserta en el marco del poblado de La Lámpara con su enterramiento individual. Además de informaciones ya adelantadas en este sentido, la página <http://www.valledeambrona.com/> indica que hay un volumen en preparación con los resultados de las excavaciones en los hábitat. La interconexión entre hábitat y áreas funerarias del Neolítico interior tendría en los yacimientos de Ambrona una de sus mejores constataciones y, desde luego, uno de los argumentos más contundentes para la valoración de la "evolución de los rituales funerarios y su contexto social" (p. 230).

Ciertamente, en nuestro comentario no podemos obviar la experiencia de nuestro trabajo en Huecas que posee yacimientos muy similares, por no decir, en ocasiones idénticos. Esta apreciación nos lleva al primer punto que queremos destacar y es la necesaria reflexión acerca de supuestas excepcionalidades que los trabajos de campo de los últimos años están bariendo literalmente. Basta cotejar el registro del túmulo de la Peña de la Abuela, con el del Castillejo para observar cómo se reiteran pautas idénticas de carácter material, de disposición del espacio funerario, de interconexión con el espacio habitacional, de asociación con enterramientos con campaniforme y, cómo no, de cronologías C14. Y si la relación entre este yacimiento y el túmulo del Castillejo es muy obvia, la que existe entre ajuares y ritual de la necrópolis de Valle de las Higueras y el sepulcro de falsa cúpula de la Sima es espectacular.

El estudio de los yacimientos de Ambrona aporta datos acerca del ritual funerario que, si bien dejan de lado análisis más concretos sobre relaciones culturales o arquitecturas, ha constituido referencia destacable para la interpretación del megalitismo interior. La mayor aportación es la argumentación, desde distintos parámetros experimentales, del papel del fuego en algunas de estas tumbas colectivas y, sobre todo, su relación con los depósitos de cal que se asocian al cierre de las mismas. Este aspecto que los autores destacaron desde sus primeros trabajos dejó abiertas dudas que ahora subsanan, habiendo conseguido ya un amplio consenso. A él se dedica buena parte de las páginas de este libro. Con más énfasis en la Peña de la Abuela, un grado menor en la Sima y, con más problemas, en la Tarayuela, los autores proponen la definición de tumbas-calero para reunir una serie de evidencias de cierre con fuego en las que se buscaría expresamente la pirólisis.

Si las tumbas-calero son una especialidad del megalitismo interior y comenzamos a tener datos de tumbas idénticas —la del Castillejo, por ejemplo—, construidas en ambientes calizos sin ese cierre con cal ¿son estas quemadas el resultado de una clausura expresa del depósito de los ancestros, en todas las estructuras de este tipo, pensadas así desde la construcción del monumen-

to? De hecho los mismos autores se plantean preguntas parecidas al analizar brevemente los resultados de su excavación en la Tarayuela, que resuelven acudiendo al mayor papel de la madera en este último recinto. En concreto el estudio de Carrión y Badal en los anexos del libro (p. 288) identifica auténticos postes.

La explicación de que esta tumba, ligeramente posterior a la Peña de la Abuela, habría supuesto una transformación en los parámetros rituales de los cierrres con combustión de cal es tan endeble que los gráficos de acumulación estadística de las fechas (pp. 36 y 195), la dejan prácticamente sin contenido.

Queremos decir con ello que probablemente la ampliación del registro de monumentos, como los que estamos comentando, va a incluir una serie de variables sobre sus sistemas de clausura que encajarán con las que ya estamos más acostumbrados a admitir en los registros de los megalitos clásicos, en los que el fuego jugó también en ocasiones un destacado papel. Ello no obsta para destacar el notable esfuerzo desarrollado por el equipo en dotar de argumentos empíricos a esta interesante hipótesis.

El informe de los trabajos en la Peña de la Abuela expone sugerentes datos acerca del uso del espacio funerario. Las “cistas” y losas-estela que individualizan grupos de enterramientos en este recinto visualizan la realidad de divisiones complejas del espacio, que coinciden con las que se perciben en arquitecturas pétreas cuyo uso se data en momentos semejantes (Bueno *et al.* 2005: 97-99).

A la hora de conectar muy en detalle los datos de posición de los enterrados, las losas y las cistas, hemos tenido algunas dificultades de comprensión que, afortunadamente, coinciden con las de los autores que dedican una parte de su texto a proponer opciones para la interpretación de la arquitectura original y su decurso, del máximo interés.

Compartimos totalmente la hipótesis del uso diacrónico de estas estructuras que habrían funcionado como “casas de muertos” imbricadas en el marco espacial de las casas de los vivos a lo largo de un tiempo, que seguro mostrará las mismas diferencias que las que hoy podemos apreciar en la utilización de las arquitecturas de piedra.

Los restos humanos de la Peña de la Abuela (pp. 249-268) se suman a los de Azután, o Huecas, en el sentido de la variabilidad de sexos y edades que se está detectando igualmente en otros megalitos atlánticos. Por supuesto que la representación estadística de los infantiles no alcanza lo esperable, pero también es interesante, de cara a las interpretaciones sociales que podemos deducir, el hecho de que algunos niños estén enterrados en zonas delimitadas, con ajuares concretos (p. 61), como sucede en otros yacimientos neolíticos europeos, y como repiten algunos yacimientos con campaniforme (Bueno *et al.* 2005: 182).

La posición de los restos asociados a campaniforme al Sur del monumento podría leerse, a partir de nuestros datos del Castillejo, como la evidencia de algún anexo –en nuestro yacimiento una pequeña camarita a seco– que debió albergar más de un enterra-

miento con cerámicas decoradas, reiterando el uso de sepulcros variados de enterramiento colectivo que muestra el valle de Huecas.

La documentación de cerveza en uno de los vasos encaja con los contenidos del mismo tipo que están definiendo la Península Ibérica como el enclave más destacado de la Europa atlántica para analizar la incidencia de los rituales alimenticios asociados al culto de los ancestros, cuestión que nos hubiera gustado ver en el análisis del ritual campaniforme de Sima o en los distintos informes de analíticas que se incorporan en los que, por algún problema que desconocemos, éstos no se incluyen.

El segundo volumen es más que el catálogo de la exposición del campaniforme meseteño que le sirvió de arranque, con dos partes más, previas a la sección descriptiva de las piezas expuestas. En la primera, algunos de los principales expertos del tema, con distinto hilo conductor, plantean viejos y nuevos temas sobre el campaniforme. Su génesis, su expansión, la estandarización de sus cerámicas o la variabilidad de su mundo funerario, son tratados con la agilidad que exige un ambiente interpretativo tan pendular como el campaniforme. Basta fijarse en el resurgir de la tesis de la movilidad de gentes, aún lejos del descartado migracionismo, y su papel en la propagación del campaniforme a partir de nuevas analíticas.

La diversidad campaniforme, con un “paquete” ritual que cada vez parece menos compacto, es sólo un ejemplo de algunos de los aspectos comunes tratados destacando como tendencia actual, un cierto consenso en la inserción del campaniforme en el decurso de Neolítico anterior. Su materialización de toda una serie de cambios y redes anteriores desmitifica la idea de cambio brusco o ruptura sin con ello hacer del campaniforme algo menos auténtico. Por volver a una de las cuestiones referidas, J. Thomas (p. 108) señala que convendría saber si el fenómeno de la movilidad comienza con el campaniforme pues los análisis han sido selectivos sobre enterramientos de este tipo. Lo mismo pasa con las redes de intercambio, o con el uso de sus suntuosas vajillas para contener bebidas alcohólicas.

Esta cuestión, el papel del contenido alcohólico en el proceso de expansión del campaniforme, tiene un buen espacio de la mano de uno de los coordinadores, R. Garrido (pp. 35-39). Su versión es remisa a esa perspectiva continuista hoy tan en boga, a la que –afortunadamente– la Península tiene mucho que aportar.

En la segunda parte del libro nos encontramos con autores que desde hace años investigan el tema en España y Portugal elaborando una perspectiva regional regida por un esquema similar. Como en todo el volumen, hay evidentemente un problema de espacio. Sólo eso justifica la falta de un respiro a los ojos del lector, sin que exista un solo renglón en blanco, aunque los artículos se dupliquen en castellano e inglés, en un esfuerzo destacable realizado por los miembros del equipo.

Nuevamente se ve lo complementario de los dos libros y es que los propios coordinadores, siguiendo la misma regla de síntesis, lejos de explayarse en sus ya-

cimientos se mantienen en una generalidad con la que marcan el nudo básico de su interpretación de los yacimientos sorianos. Sí añaden un nuevo modelo social, "sociedades transigualitarias", tomado de Hayden (1995) y que se aplica al campaniforme en la primera parte del libro (p. 42). Someramente planteado, pues se nos emplaza a una publicación detallada, es evidente que, en la Meseta, tiene dificultad para encontrar un registro arqueológico de auténticas "jefaturas" de la Edad del Bronce.

Se agradece mucho la primicia referente a los yacimientos madrileños de Camino de las Yeseras y La Salmedina. Su interés recae en sus novedades y su contribución al papel de la Meseta Sur, francamente relegada en el libro. Como se observa en ellos lo pre y campaniforme ya no es lo que era, no todos los enterramientos son individuales ni en fosas, ni con los elementos de ajuar tradicionales, además de que la conexión de los enterramientos con áreas de habitación, como Camino de las Yeseras, permite valorar la relación entre el ritual campaniforme y el de los contextos argáricos.

Sólo acudiendo de nuevo al primero de los libros sobre las tumbas encontraremos los aspectos más novedosos acerca del campaniforme de Ambrona. Por fin podemos conocer cómo se disponían los enterramientos con campaniforme del *tholos*, y su secuencia de uso. Y si esta secuencia es valorable por la discusión de la posición del campaniforme y su relación con el enterramiento colectivo, el análisis de la estructura es del mayor interés, porque aunque los autores no se detienen en ello, la Sima constituye el primer registro de arquitecturas de falsa cúpula al Norte de la Meseta y, junto con Huecas, la constatación más evidente de la fuerte dinámica de interacción entre los yacimientos occidentales e interiores.

El uso continuado de la Sima es uno de los mejores referentes para valorar un registro funerario en el que el campaniforme posee un papel destacado, con una reutilización descrita por nuestros colegas de, al menos, cinco individuos. Incluso en deposiciones campaniforme sobre campaniforme que, documentadas en la excavación de la Tarayuela (p. 101) y en Sima III (p. 172), desdibujan la generalización de que los enterramientos campaniformes son un sepelio único, que no vuelve a tocarse, ni abrirse nunca más como se reitera en el segundo volumen (p. 429).

Otra cuestión interesante en este mismo rango de argumentos es la documentación de ajuares individualizados para los inhumados campaniformes que, por un lado, resulta difícil extrapolar a todos los restos humanos de la Sima con esta casuística y, por otro, puede definirse del mismo modo para restos más antiguos: La Lámpara o algunos de los enterramientos bajo laja o en las cistas de la Peña de la Abuela (p. 30).

El depósito metálico de la Sima asociado a campaniforme es francamente destacable. Su metalurgia sitúa a los yacimientos de Ambrona en una inmejorable posición para analizar algunos de los parámetros de la desigualdad de los grupos calcolíticos del interior. Nos hubiera gustado leer algo sobre sus posibilidades locales y, sobre todo, acerca del señalado papel de la

presencia de "armas" que tanto la aproxima a las más destacadas manifestaciones occidentales.

A la espera de que se constate que algunos de los individuos que portan estos magníficos ajuares "vengan de fuera" (p. 146), al menos respecto a las piezas, los análisis de Huecas muestran que nos hallamos ante una metalurgia local, como reiteran los análisis de pastas cerámicas realizados no sólo aquí, sino en otras tantas regiones recogidas en el volumen como Cataluña (p. 303) o Andalucía (p. 356). Ello no obsta a la constatación de amplias interacciones que, desde momentos mucho más antiguos del registro, nos parecen fehacientemente demostradas.

La afirmación taxativa (p. 242) de que no se construye ningún sepulcro colectivo durante el III milenio cal BC es arriesgada. Sólo hay que consultar las cronologías C14 de muchas de las arquitecturas del Oeste (Soares 1997) o de las propias del interior peninsular (Bueno *et al.* 2005) para, cuando menos, matizarla. Probablemente estas afirmaciones no son necesarias en un panorama que, si algo revela, es variabilidad y cambio, sin que sea posible mantener ni individualizaciones, ni colectivismo como único sistema. Nos parece bastante más interesante comprender precisamente esa variabilidad en registros de enclaves geográficos compactos como Ambrona o Huecas, pues creemos que es en esos marcos de poblaciones estables a lo largo de secuencias temporales importantes, en los que podremos proponer análisis más ajustados sobre el proceso de desigualdad en el ámbito del Neolítico.

La notable aportación del equipo de Ambrona a éstas y otras cuestiones de la Prehistoria reciente interior tiene en los volúmenes que comentamos un brillante ejemplo de una trayectoria investigadora de la que esperamos más textos en breve plazo.

BUENO, P.; BARROSO, R. y BALBIN, R. 2005: "Ritual campaniforme, ritual colectivo: la necrópolis de cuevas artificiales de Valle de las Higueras (Huecas, Toledo)". *Trabajos de Prehistoria* 62 (2): 67-90.

HAYDEN, B. 1995: "Pathways to Power. Principles for Creating Socioeconomics Inequalities". En T.D. Price y G.M. Feinman (eds.): *Foundations of Social Inequality*. Plenum Press. New York and London: 15-86.

SOARES, A.M. 1997: "Megalitismo y cronología absoluta". En R. de Balbín y P. Bueno (eds.): *II Congreso de Arqueología peninsular (Zamora 1996)*, III, Primer milenio y metodología: 689-706. Zamora.

Primitiva Bueno Ramírez (*)

Rosa Barroso Bermejo ()**

Área de Prehistoria

Facultad de Filosofía y Letras

Universidad de Alcalá

Colegios 2

28801 Alcalá de Henares (Madrid)

Correo electrónico: (*) p.bueno@uah.es;

(**) rosa.barroso@uah.es

P. BUENO, R. de BALBIN y R. BARROSO: *El dolmen de Azután (Toledo). Áreas de habitación y áreas funerarias en la cuenca interior del Tajo*. Serie Monografías (Universidad de Alcalá de Henares) 2, Universidad. Servicio de Publicaciones. Alcalá de Henares, 2005, 278 pp., ils. ISBN 84-8138-643-X.

Han pasado 24 años desde el inicio de las excavaciones en el dolmen de Azután y 14 desde la primera monografía que Primitiva Bueno publicara sobre este monumento y el de La Estrella en Toledo.

Durante todo ese tiempo y por causas diversas, el dolmen de Azután no ha dejado de aportar datos interesantes que han sido releídos e interpretados con los planteamientos propios del decurso de las investigaciones de los noventa y los primeros años del nuevo siglo. En todo ese tiempo y siempre bajo el cobijo científico de la Universidad de Alcalá de Henares, se ha conformado un equipo de investigación bajo la dirección de Primitiva Bueno y Rodrigo de Balbín que se han situado entre los más activos y productivos de nuestro país. Es verdaderamente sorprendente la enorme cantidad de publicaciones que el equipo ha generado en los últimos años y el avance que ellas han significado para el conocimiento de la Prehistoria de la Meseta sur. Esta intensificación de la investigación ha provocado el conocimiento exhaustivo de distintos aspectos habitacionales y funerarios que han servido para contextualizar perfectamente las antiguas y nuevas excavaciones en Azután.

Por ello, el libro que nos ocupa se puede considerar un trabajo de madurez y moderno. Madurez porque va más allá de la arqueografía descriptiva (que también está presente), contextualizando los datos a escala peninsular con una profusión de paralelos que llega a abrumar en ocasiones; y moderno porque utiliza todos los recursos que las ciencias auxiliares ponen a nuestra disposición para comprender las formas de vida de los constructores del monumento. De esta manera, al margen de presentar a partir de la página 225 los distintos análisis precisos para las reconstrucciones paleoambientales, económicas (polen, fauna, fitolitos...) y paleoantropológicas (paleodietas y estructura de la población), integra todos estos datos en un discurso coherente que lleva a describir las formas de vida y los ciclos económicos de los grupos productores de la cuenca interior del Tajo (capítulos III y VIII).

Como no podía ser de otra manera, el libro cuenta con su parte descriptiva (capítulo IV) dado que se ha intervenido en el monumento en 4 campañas diferentes: 1981, 1983, 1991 y 2001. En este capítulo se hace un esfuerzo considerable por uniformizar toda la información y presentar, de forma clara, la extensa documentación emanada de las campañas de excavación. La enorme profusión de figuras (79 incluyendo fotos y 4 tablas en 63 páginas) intenta dinamizar las necesarias descripciones de cortes, niveles, materiales, perfiles... aunque no siempre se consiga.

A partir de aquí el libro continúa con un esquema

clásico presentando los materiales obtenidos en las excavaciones del monumento (capítulo V) distribuidos en tres secuencias temporales: del V milenio cal AC correspondientes a las cabañas selladas por el túmulo, del IV milenio cal AC a los depósitos del nivel I del monumento y los propios de la ocupación campaniforme. Desde mi personal punto de vista este capítulo debía ir unido al capítulo VII ya que son claramente complementarios por más que en el primero se presente la cultura material de forma aislada y en el segundo se valoren los contextos. En cualquier caso llama la atención el enorme trabajo de búsqueda bibliográfica de paralelos y el exhaustivo conocimiento de los yacimientos que se demuestra.

Al margen de los materiales y sus paralelos también se utiliza el C14 a partir de carbones y huesos para su ubicación temporal. En este punto el libro se manifiesta más farragoso por cuanto no hay una uniformidad a la hora de valorar las fechas y, especialmente, de presentarlas. Se usan fechas sin calibrar mencionando la datación BP que ofrece el laboratorio, fechas calibradas BC, a.C. y, a veces en pocas líneas, ambos sistemas (p. 184) con lo que se hace ciertamente complicado seguir las argumentaciones y comparar en términos de igualdad. Desde mi punto de vista ésta es una rémora que arrastra buena parte de la investigación prehistórica española que no sigue las convenciones usadas en el resto de países europeos donde ni se plantea la posibilidad de utilizar las fechas absolutas del laboratorio y donde se admiten sin discusión las calibradas y, especialmente, la media estadística como referente más fiable de una datación.

Por lo demás, estos dos capítulos (V y VII) son un alarde de dominio de la bibliografía y de los yacimientos de la Península Ibérica como ya he mencionado. Sin embargo dos aspectos merecen un comentario por mi parte. En primer lugar, desde la página 121 se intenta contextualizar la ocupación campaniforme a partir de la presencia... *de varios fragmentos decorados y lisos...* (p. 121) que no aparecen por ninguna parte en este libro. Para conocer estos fragmentos hay que recurrir a las publicaciones de Primitiva Bueno (1990: fig. 7; 1991: figs. 31, 57 y 58). En ellas aparecen tres pequeños fragmentos de cerámica campaniforme, dos marítimos puros (MHV) y uno mixto (CZM). Pues bien, estos tres fragmentos junto a algunos otros lisos atribuidos al mismo horizonte, son la excusa para reflexiones profundas sobre el ritual campaniforme que traducen más realidades de otros interesantes yacimientos que lo que realmente se puede atribuir al contexto y al propio material de Azután. En efecto, de la página 121 a la 131 hay continuas alusiones a la necrópolis del Valle de las Higueiras donde tienen fundamento muchas de esas reflexiones. De hecho, en el mismo año y en esta misma revista, los autores publican un artículo (Bueno *et al.* 2005), donde argumentan, mucho más, las reflexiones poco justificadas en este libro sobre Azután.

El segundo aspecto que quiero comentar conecta con los planteamientos de su capítulo VII sobre áreas de habitación. Para conocer este aspecto, los autores, de forma inteligente, agrupan los materiales habitacionales

asociados a los megalitos en tres categorías: los que se incorporan a los túmulos sin orden estratigráfico preciso, los que ocupan una situación aneja al megalito y los que se sitúan bajo la construcción tumular. A partir de aquí y tras una “mentira piadosa” en la que manifiestan su intención de no ser exhaustivos, comienzan un barriido sistemático de la bibliografía científica para concluir que... *los hábitats al aire libre son muy frecuentes desde, al menos, la mitad del VI milenio BP* (p. 162). En este punto, desde mi perspectiva, se aprecia una cierta confusión pues en las páginas anteriores se han señalado evidencias, muy débiles a mi entender, de ocupaciones paralelas al megalitismo que no se segregan muy bien de los reconocidos asentamientos al aire libre claramente premegalíticos. Hay numerosos ejemplos de cierta entidad de asentamientos en cueva (La Vaquera) y al aire libre (La Revilla, La Lámpara, El Retamar...) que se desarrollan desde mediados del VI milenio cal. AC y es de suponer que en el seno de estas poblaciones surgirá, por determinados condicionantes socioeconómicos, la costumbre de enterrar en estructuras monumentales (dólmenes y otros). Sin embargo, las evidencias habitacionales de que disponemos en la actualidad, especialmente en el interior peninsular, son ciertamente débiles para el momento en el que surgen y se desarrollan los megalitos, ésto es, a lo largo del IV milenio cal. AC y, como mucho, las últimas centurias del V cal. AC.

Muchos, aunque no todos, los paralelos que se aducen para considerar una importante presencia de hábitats al aire libre en las inmediaciones de los monumentos nos parecen bastante débiles y podrían interpretarse, como se ha defendido en algún trabajo (Criado *et al.* 2000), actividades propias de la construcción y el uso del monumento funerario. Esto mismo hemos planteado recientemente (Rojo *et al.* 2005: 71, 104 y 105, fig. 62) para una serie de estructuras de combustión en el entorno del túmulo de La Sima, Miño de Medina, Soria.

He dejado intencionadamente para el final de esta recensión algunas referencias sobre el arte (pinturas y grabados) presente en Azután y las consideraciones que sobre marcadores gráficos en el ámbito de las culturas neolíticas del interior peninsular extraen los autores. Tanto en la presentación de los datos (pp. 84 a 100 del capítulo IV) como en las conclusiones del capítulo VI, se manifiesta un control y una maestría inigualables en la descripción artística y en las reflexiones teóricas acerca de este tema. La dedicación desde hace años de dos de los autores a esta temática queda bien patente en el interesante y atrevido epílogo del capítulo en el que se afirma que la simbología analizada *...constituye una evidencia indiscutible para valorar las culturas megalíticas europeas como el resultado de la adaptación simbólica de los grupos cazadores y recolectores a grupos productores, conformando una ideología que sustente los nuevos lazos sociales necesarios para justificar la propiedad de la tierra* (p. 150).

BUENO RAMIREZ, P. 1990: “Megalitos en la Submeseta Sur: la provincia de Toledo”. En *Actas del Primer Congreso de Arqueología de la provincia de Toledo* (Toledo, sin año): 125-162. Toledo.

– 1991: *Megalitos en la Meseta Sur: los dólmenes de Azután y la Estrella* (Toledo). Excavaciones Arqueológicas en España 159. Madrid.

BUENO, P.; BARROSO, R. y BALBÍN, R. de 2005: “Ritual campaniforme, ritual colectivo: la necrópolis de cuevas artificiales del Valle de las Higueras (Huecas) Toledo”. *Trabajos de Prehistoria* 62 (2): 67-90.

CRIADO, F.; GIANOTTI, C. y VILLOCH, V. 2000: “Los túmulos como asentamientos”. En V.O. Jorge (ed.): *Actas do 3º Congresso de Arqueologia Peninsular (Vila Real 1999)*, III: 289-302. Porto.

ROJO, M.A.; KUNST, M.; GARRIDO, R., GARCÍA, I. y MORÁN, G. 2005: *Un Desafío a la Eternidad. Tumbas Monumentales del Valle de Ambrona (Soria, España)*. Junta de Castilla y León, Monografías 14. Soria.

Manuel A. Rojo Guerra

Dpto. de Prehistoria

Facultad de Filosofía y Letras

Universidad de Valladolid

Plaza del Campus s/n

47011 Valladolid

Correo electrónico: marojo@fyl.uva.es

RAFAEL MICÓ PÉREZ: *Cronología absoluta y periodización de la prehistoria de las Islas Baleares*. BAR International Series 1373. Oxford, 2005, VII + 621 pp. ISBN 1-84171-554-9.

En los últimos 20 años el equipo de Vicente Lull en la UAB ha mantenido un compromiso tanto con la reconstrucción histórica como con el control arqueográfico del registro de la Prehistoria de España. Lo más notable de este segundo aspecto del ambicioso e imaginativo proyecto de estos investigadores ha sido una serie sostenida de publicaciones sobre la cronología prehistórica de la Península y las Islas Baleares. La tesis doctoral de Paloma González Marcén (1991) dió lugar a la síntesis a escala europea de Vicente Lull, González Marcén y Risch (1992) y luego al estudio crítico de la cronología peninsular de Castro Martínez, Lull y Micó (1996). Esta recensión crítica llenó un espacio dejado vacío después de que las recensiones anuales de fechas C-14 hechas por Martín Almagro-Gorbea desde 1970 hasta 1976 cesaron con el simposio sobre radiocarbono organizado por la Fundación Juan March (Almagro-Gorbea y Fernández-Miranda 1978). La obra de Castro *et al.* tuvo los grandes méritos de reunir todas las fechas publicadas hasta principios de los años 90 y de someterlas a una crítica uniforme y bien ponderada. Los comentarios presentados sobre la fiabilidad de los laboratorios que analizan las muestras y sobre las fechas de los “conjuntos arqueológicos” (término evidentemente superior a “culturas”) fueron uniformemente sensatos. Contra estas virtudes, sin embargo, por razones del espacio disponible, el formato

y la organización de la lista de fechas dejó bastante que desear. En parte por la dificultad de manejarla y en parte por la escala ambiciosa del trabajo, resultaría muy difícil para un lector pasar con facilidad de la lista de fechas a las conclusiones derivadas de ella, por razonables que fueran.

Todos estos defectos quedan subsanados en el magnífico libro de Rafael Micó aquí recensionado. Después de una breve e inteligente introducción a los principales problemas de la cronología prehistórica y las grandes líneas de la arqueología del archipiélago balear, el grueso de libro consiste en un *corpus* de las fechas absolutas recogidas por el autor antes del cierre de la edición. Este catálogo está organizado yacimiento por yacimiento (116 en total), cada uno resumido por unos breves párrafos descriptivos con las referencias generales de las investigaciones. En cada yacimiento se presenta una ficha para cada una de las fechas absolutas (C-14 y TL), que llegan a ser 751 en total. Unas páginas de introducción al catálogo sirven para explicar con todo detalle el contenido de estas fichas, que tienen el formato siguiente:

Yacimiento	cal ANE 2 σ
Isla	cal ANE dir
Municipio	¹³ C
Exclusión (sí/no)	¹⁵ N
Código laboratorio	N/C
Valor ap/BP	Registro arqueológico
Valor ane/BC	Estructura
\pm	Significado arqueológico
Tipo de muestra	Observaciones
cal ANE m	Bibliografía
cal ANE 1 σ	

Estas fichas son ejemplares: la única (y muy pequeña) mejora que se podría sugerir sería dar sistemáticamente la ubicación de los yacimientos, no sólo por isla y municipio, sino también por coordenadas UTM. Igualmente admirable es la forma breve pero clara con la cual Micó explica cómo han sido aplicados los criterios de las fichas. El resultado es una presentación completamente transparente que puede servir como modelo a cualquier otro trabajo parecido.

Los breves capítulos que concluyen el volumen contienen una nueva síntesis de la cronología balear con comentarios sobre lo que esa cronología implica acerca de los procesos de desarrollo de la Prehistoria del archipiélago. Aquí también la argumentación es notable por su transparencia: todos los pasos entre los datos arqueológicos y las conclusiones que se derivan de ellos quedan claramente expuestos. Primero se presentan las fechas fiables y la suma de probabilidades cronológicas para cada tipo de estructura arqueológica, tanto habitacional como funeraria, distinguiendo lo que se puede extraer de las muestras de vida corta. Luego se pasa a una periodización de estas manifestaciones arqueológicas. Micó nos enseña cómo los datos apoyan una cronología corta y una fasificación de seis períodos desde la primera ocupación estable

“Campaniforme” (2500/2300 a 2100/2000 cal ANE) hasta la última fase prehistórica “Postalayótica” (siglo VI a II cal ANE). Su resumen incluye una breve recensión de las características principales de cada una de las fases y de los problemas pendientes en el registro arqueológico balear.

La perfección de este volumen puede dar lugar a un par de reflexiones sobre el progreso de los estudios cronológicos en los países peninsulares. Primero, queda claro que, en esas regiones donde existe un registro arqueológico razonablemente completo, ya se pueden establecer fechas absolutas estables para las fases principales de la secuencia arqueológica. Sabemos, hasta qué punto vamos a poder precisar, mediante el método radiocarbónico, cuál puede ser la fecha de una naveta (o de un poblado argárico). Por lo tanto, si tomamos muestras de tales yacimientos debe ser para dilucidar los detalles de su secuencia constructiva u ocupacional: siguen recogiendo fechas de carácter exploratorio, pero en la mayoría de los casos no hacen falta. Segundo, las dimensiones de este excelente trabajo nos demuestran que no va ser factible imitar su ejemplo en el mismo formato a una escala más amplia. Las casi 500 páginas impresas A4 que hacen falta para presentar el catálogo se multiplicarían casi por diez si se propusiera hacer algo parecido para toda la Prehistoria holocena de la Península. Además, tal es el aumento de los datos que, en el momento en que apareciese tan ingente compendio, ya estaría caducado. Estos problemas de escala deberían hacernos pensar en nuevas alternativas tanto mediáticas como institucionales para reunir cuerpos de datos tan útiles como el que nos ha presentado Rafael Micó.

ALMAGRO-GORBEA, M. y FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. (coords.) 1978: *C-14 y prehistoria de la Península Ibérica*. Serie Universitaria, 77. Fundación Juan March. Madrid.

CASTRO MARTÍNEZ, P.V.; LULL, V. y MICÓ, R. 1996: *Cronología de la prehistoria reciente de la Península Ibérica y Baleares (c. 2800-900 cal ANE)*. BAR International Series 652. Tempus Reparatum. Oxford.

GONZÁLEZ MARCÉN, P. 1991: *Cronología del grupo argárico: Ensayo de fasificación radiométrica a partir de la curva de calibración de alta precisión*. Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona.

LULL, V.; GONZÁLEZ MARCÉN, P. y RISCH, R. 1992: *Arqueología de Europa 2250-1200 A.C.: Una introducción a la «Edad del Bronce»*. Síntesis. Madrid.

Antonio Gilman Guillén

Department of Anthropology
California State University-Northridge
18111 Nordhoff Street
Northridge, CA 91330-8244
EE.UU.

Correo electrónico: antonio.gilman@csun.edu